

ESTA SEÑORA VIAJO EXPRESAMENTE DESDE MONTEVIDEO PARA DESPEDIR A SOSA.

Julio Sosa, el "Varón del Tango", ha partido, dejando tras de sí su fama, que lo ha inmortalizado en su muerte.



EL CORTEJO FUNEBRE FUE RIGUROSAMENTE CUSTODIADO POR EJERCITO Y POLICIA.



TAMBIEN LOS JOVENES LLORARON, REGISTRANDOSE ESCENAS CONMOVEDORAS.

Julio Sosa ha partido inesperadamente en pos de otros sueños tal vez, y ha llevado consigo su voz, su temperamental talento "tanguero", dejando tras de sí su fama que lo ha inmortalizado en su muerte, como a Gardel. Era de la otra orilla, de Montevideo. Había nacido en Las Piedras el 2 de febrero de 1926 en cuna pobre y trabajando en menesteres humildes, hasta que el amor por el canto lo impulsó a viajar a Buenos Aires, sin un centavo, para lanzarse a la preciosa aventura de la fama. Su sueño era difícil, pero su voluntad férrea, por eso no claudicó en su estreno, cuando fuera despedido inmediatamente por no gustar su voz. ¿Cómo triunfó Sosa, aquel muchacho delgaducho, de voz ronca, que entonaba los versos de un tango casi hablando? Meteóricamente, ni bien recitara el prólogo de "La Cumparsita". Los barrios porteños parecieron despertar al oír su voz, después de aquel prolongado silencio impuesto por el trágico fin del "Zorzal Criollo". Julio Sosa, varonil, grave, apasionado por todo lo que entonaba, reunía nuevamente a los porteños en los salones, incorporado a la orquesta de Francini-Pontier. Y la "muchachada", olvidándose de bailar, se aglomeraba ante "la voz" para no perder detalle de su modo de cantar. Lo llamaron EL VARON DEL TANGO.

Sosa quiso, alguna vez, ser Almirante de la Marina para impresionar a sus amigas, y después de haber sido descubierto por ellas en la tarea de limpiar coches de ferrocarril, se alistó, pero tuvo que resignarse a continuar limpian-

do... En otra oportunidad, tuvo que dedicarse a repartir bizcochos, podar árboles y vender chorizos. Como Gardel, había sido pobre y soñador. No se registran sus penurias, porque su abierta sonrisa ocultaba el rictus amargo que le trazara la incomprensión de aquellos que no veían en él a un cantor verdadero. Pero alguna vez, cantando un tango triste, lloró con experiencia, y esa naturalidad conmovió a los que estaban escuchándolo. Sosa, cantando con su expresiva sensibilidad, triunfó por fin. Como Gardel en Medellín y como el brasileño Francisco Alves, la tragedia reclamó súbitamente su vida. Dirigiendo su automóvil, con aquella última alegría de haber compartido la noche en una cena de amigos, una madrugada concurrida —porque las madrugadas porteñas nunca están desiertas— Sosa se convierte en víctima del semáforo enano que le parte el pecho. La noticia de su muerte consterna a la ciudad del tango. "La muchachada" llora, el tango se detiene a lamentar su suerte... Las arboledas dejan rodar sus gotas de rocío humedeciendo las calzadas. Una lluvia torrencial cayó después, acompañando el llanto de la multitud que se encaminaba a paso lento hacia el cementerio de La Chacarita.

Los discos de Julio Sosa rodaron insistentemente aquel día, como si quisieran resucitar en su voz al muchacho que conquistara a un pueblo, como lo hiciera Gardel. En impresionante marcha siguió el pueblo su féretro, encendiendo antorchas con periódicos. Seis horas demoró el cortejo en llegar... Y cuando su cuerpo sea llevado a Montevideo según deseo de su madre, la anciana Ana Venturini de Sosa, habrá de repetirse el delirio.

Otro ídolo se ha marchado convirtiéndose en recuerdo, en mito irreemplazable, porque, a pesar de todo, Sosa no ha desplazado a Gardel sin que ha sido *él mismo;* aquél fue "El Zorzal", éste, el "Varón". Nacen ellos para los pueblos y los pueblos los inmortalizan con aquella gratitud que los caracteriza. El tango se encontraba dormitando cuando llegó Sosa, y cuando una música que es típica en un pueblo comienza a apagarse, se pierde en el mundo la verdadera faz de un lugar de la tierra. Sosa, podemos decirlo, resucitó el tango, le infundió calor, lo acunó en sus manos, lo enamoró en su voz y así lo entregó, vivo nuevamente, al pueblo que bien pronto lo comprendió.

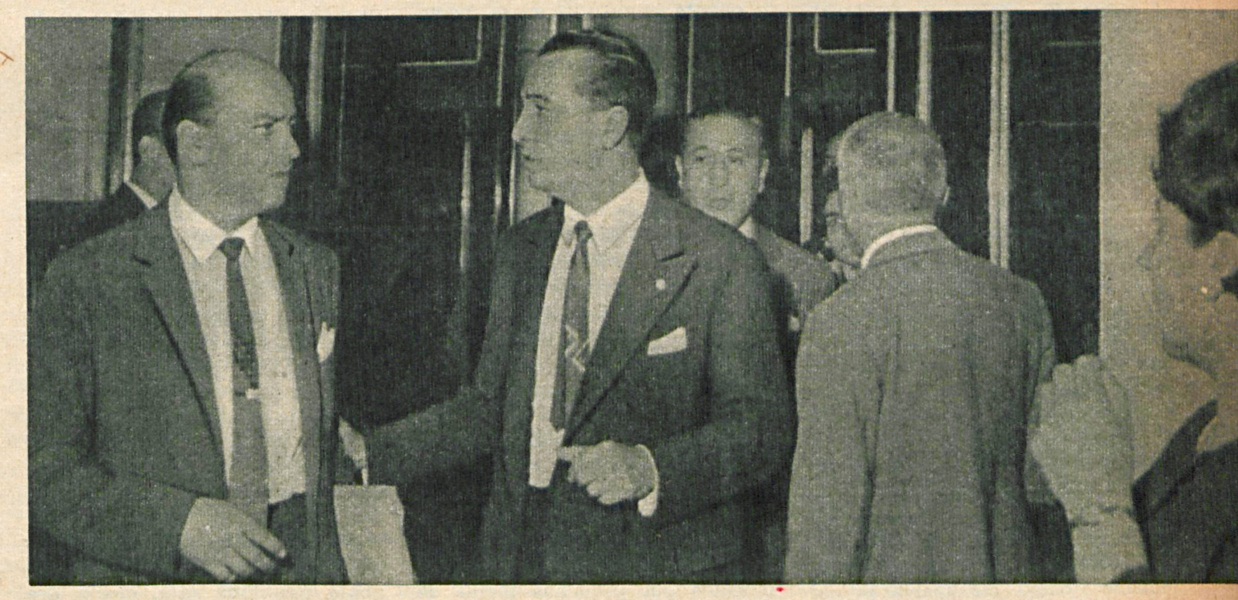
Ahora, habrá que esperar nuevamente otra voz, para que el tango continúe personalizando a Buenos Aires, la "melancólica del Plata"...



EDMUNDO RIVERO Y HORACIO DEVAL, FAMOSOS CANTORES, ACUDIERON AL VELATORIO.



ANIBAL TROILO, EL GRAN DIRECTOR DE ORQUESTA TIPICA, ASISTE CONDOLIDO.



Y NO PODIA FALTAR HUGO DEL CARRIL, A QUIEN SOSA CONTABA ENTRE SUS AMIGOS.

DETRAS DE LA CORTINA DE SILENCIO — IV

LOS TRIPULANTES DE LOS PLATOS VOLADORES

POR HEITOR DURVILLE

Continuamos con la publicación de las declaraciones que Antonio Villas Bôas prestó al periodista João Martins y al Dr. Olavo Fontes, representante de la "Aerial Phenomena Research Organization", de Tucson, Arizona (U.S.A.); declaraciones éstas que fueron conservadas, con inexplicable silencio, por esos dos investigadores, así como también por las autoridades militares que de ellas tomaron conocimiento. Como dijimos anteriormente, el testigo pasó por varias pruebas sumamente rigurosas. Y, al final de las declaraciones, narraremos detalles de la investigación realizada en torno de este importante caso, que es tal vez el más importante de todos los que ya surgieron sobre versiones de contactos con tripulantes de los Objetos Aéreos Desconocidos, así como de las conclusiones obtenidas. Por el momento, vamos a continuar con el fascinante relato del granjero, que aquí publicamos íntegramente, como absoluta primicia periodística.

LOS RAPTORES

Prosiguió el Sr. Antonio Villas Bôas:

Mi perseguidor era un ser de baja estatura (me golpeaba en el hombro), vestido con ropas extrañas. En mi desesperación, giré sobre mi cuerpo con violencia y le di un fuerte empujón que le hizo perder el equilibrio. Con eso, se vio obligado a soltarme y cayó de espaldas, a casi dos metros de distancia. Quise aprovechar esta ventaja para huir, pero entonces fui atacado por otros tres seres, por los costados y por las espaldas, al mismo tiempo. Me agarraron por los brazos y por las piernas y me levantaron del suelo, restándome cualquier posibilidad de defenderme. Sólo podía forcejear y retorcer el cuerpo, pero ellos me sujetaron firmemente y no me soltaron. Comencé a gritar pidiendo socorro, a insultarlos y a exigirles que me soltaran. Noté, a medida que me arrastraban hacia el aparato, que mi manera de hablar los dejaba sorprendidos o curiosos, pues se detenían y miraban mi rostro con atención cada vez que hablaba, aunque sin disminuir la firmeza con la cual me sujetaban. Eso me calmó un poco en relación a sus intenciones, pero ni por eso dejé de luchar. De esa manera me transportaron hasta el aparato, posado a unos dos metros del suelo sobre el trípode metálico que ya mencioné. Había una puerta abierta en la parte trasera del mismo. Esa puerta se abría desde arriba hacia abajo, formando una especie de puente en cuya punta se encontraba una escalera metálica, hecha del mismo metal plateado que había en las paredes del aparato. Esa escalera se había extendido hasta llegar al suelo. Fui izado por ella; tarea que no les fue fácil. La escalera, estrecha, apenas daba espacio a dos personas, una al lado de la otra. Además de eso, era movediza y flexible, y oscilaba de un lado para otro con mis esfuerzos por libertarme. Había también un pasamano de metal, redondo, a cada lado, del grosor de un cabo de escoba. A él me aferré varias veces procurando impedir que me llevasen, lo que les obligaba a detenerse para sujetar mis manos. Ese pasamano era también flexible y me dio la impresión, más tarde, al descender, que no era de una sola pieza, y que más bien estaba formado por pequeñas piezas de metal, articuladas unas dentro de las otras.

DENTRO DEL "DISCO"

Una vez dentro del aparato, vi que estábamos en una pequeña sala cuadrada, cuyas paredes de metal brillaban con reflejos, bajo la luz fluorescente que llegaba del techo, emitida por numerosas lámparas pequeñas, cuadradas, empotradas en el metal de aquel techo, y rodeando el mismo junto a las paredes. Me colocaron en el suelo después que la puerta externa subió trayendo en la punta la escalera enrollada y sujeta, cerrándose. La iluminación era tan fuerte que parecía día. Pero, aún con esa luz blanca fluorescente, no se distinguía más dónde estaba la puerta de salida, que al cerrarse parecía haberse transformado en pared. No pude observar más detalles porque uno de los seres — eran cinco en total — me hizo una seña con su mano para que caminase en dirección a otro compartimiento que se entreveía por medio de una puerta semiabierta, al frente de la puerta externa. No sé si aquella segunda puerta ya estaba abierta cuando entré, pues sólo en aquel instante miré en aquella dirección. Resolví obedecer, pues continuaban sujetándome y además ya estaba encerrado ahí dentro, junto con ellos. No tenía otra alternativa.

Dejamos la sala, en la cual no vi ningún mueble ni máquina, y entramos en una amplia sala, grande y de forma ovalada, iluminada de la misma forma que la primera y con paredes semejantes, de metal plateado y pulido. Creo que esa sala era el centro del aparato, porque en medio de ella había una columna de metal, que iba del techo hasta el suelo, ancha arriba y abajo, pero fina en el medio. Era rolliza y parecía sólida. Los únicos muebles que pude observar fueron una mesa de forma extravagante, que estaba en uno de los costados de la sala, rodeada de varias sillas giratorias sin espaldar (semejantes a los bancos redondos que se usan en los bares). Era todo del mismo metal blanco. Tanto la mesa como los bancos afinaban hacia abajo en un pie único que estaba fijo al suelo (en el caso de la mesa) o articulado a un anillo móvil sujeto por tres soportes que salían hacia los lados y se introducían en el suelo (en el caso de los bancos, permitiéndoles así girar para cualquier lado).

Durante interminables minutos permanecí de pie en aquella sala, y siempre sujeto por los brazos de los dos extraños seres, mientras los otros me observaban y conversaban creo que a mi respecto. Digo "conversar" solamente como manera de decir, pues en verdad lo que yo oía no tenía ninguna semejanza con la conversación humana: eran "aullidos" ligeramente semejantes a los de un can. Esa semejanza es muy pequeña, pero es la única que puedo dar tratando de describir aquellos sonidos diferentes a todo lo que hasta hoy escuché. Eran aullidos lentos, ni muy débiles ni muy fuertes, unos más prolongados, otros más cortos, a veces con varios sonidos diversos al mismo tiempo y otras con una trepidación al final. Pero eran solamente sonidos, como el lamento de los animales, sin poder distinguir nada que pueda ser tomado por una sílaba o por una palabra aún de una lengua extranjera. Para mí sonaba todo igual. No me explico cómo aquella gente podía entenderse de aquella manera. Todavía me estremezco cuando pienso en aquellos sonidos. Y no puedo reproducirlos porque mi voz no se presta para eso.

En el capítulo anterior de esta serie, Heitor Durville comentó que sólo un caso verídico de contacto con tripulantes de un "disco volador" podría aportar alguna novedad al estudio de este problema. Y en sensacional primicia de reportaje, trajo a los lectores el comienzo de las declaraciones, hasta entonces secretas, que el hacendado Antonio Villas Bôas prestó a dos investigadores civiles y a pesquisadores oficiales del misterio. En la parte ya publicada, el testigo cuenta que se encontraba arando, por la noche, cuando un objeto extrano posó junto a su tractor. Quiso huir pero fue agarrado por alguien...



EXAMEN DE SANGRE

Cuando los aullidos terminaron, parece que ya habían resuelto lo que iban a practicar, pues me agarraron nuevamente — los cinco — y comenzaron a quitarme la ropa por la fuerza. Otra vez entramos en lucha, yo resistiendo y tratando de dificultarles al máximo su tarea. Protestaba y los insultaba a gritos. Ellos evidentemente no entendían lo que yo les decía, pero se detenían un poco y me miraban. Por otra parte, aunque empleaban su fuerza, en ningún momento me golpearon seriamente y ni siquiera rasgaron mi ropa, a no ser, tal vez, mi camisa (que ya estaba rasgada antes, razón por la cual no puedo asegurar).

Acabé totalmente desnudo, nuevamente angustiado y sin saber lo que me iría a suceder. Uno de los seres se me aproximó con un objeto en la mano, que parecía una esponja mojada, y comenzó a pasarme, con aquello, un líquido sobre mi piel. No podía ser una esponja común, pues era mucho más suave. El líquido era claro como el agua, pero espeso y sin olor. Pensé que fuese algún aceite pero estaba engañado, pues mi piel no quedó grasosa ni oleaginosa. Me pasaron ese líquido por todo el cuerpo. Yo sentía frío, pues afuera la temperatura de la noche era fría, siendo nitidamente más baja dentro del aparato. Cuando me desvistieron estaba tiritando; ahora, con ese líquido, empeoraba mi situación. Pero el mismo secó rápidamente y al final no sentí mucha diferencia.

Entonces fui conducido por tres de aquellos seres en dirección a una puerta que estaba en el lado opuesto por donde habíamos entrado y que ya estaba cerrada. Haciéndome señas con sus manos para que yo los acompañara, y aullando uno para el otro de vez en cuando, siguieron ellos en aquella dirección, conmigo en el medio. El que iba adelante empujó algo en el centro de la puerta (no pude ver qué era, tal vez fuese una argolla o un botón), que se abrió hacia adentro en dos partes, como la puerta de un bar. Esa puerta, cuando cerrada, iba desde el techo hasta el suelo y tenía en la parte superior una especie de letrero (o cosa parecida) luminoso, con señales rojas que, por el efecto de la luz, parecían estar en alto relieve, unos dos dedos hacia afuera del metal. Esa escritura fue la única cosa de ese tipo que vi dentro del aparato. Eran trazos completamente diferentes a las letras que conocemos. Procuré guardar en la memoria su forma precisa y ya los diseñé para ustedes.

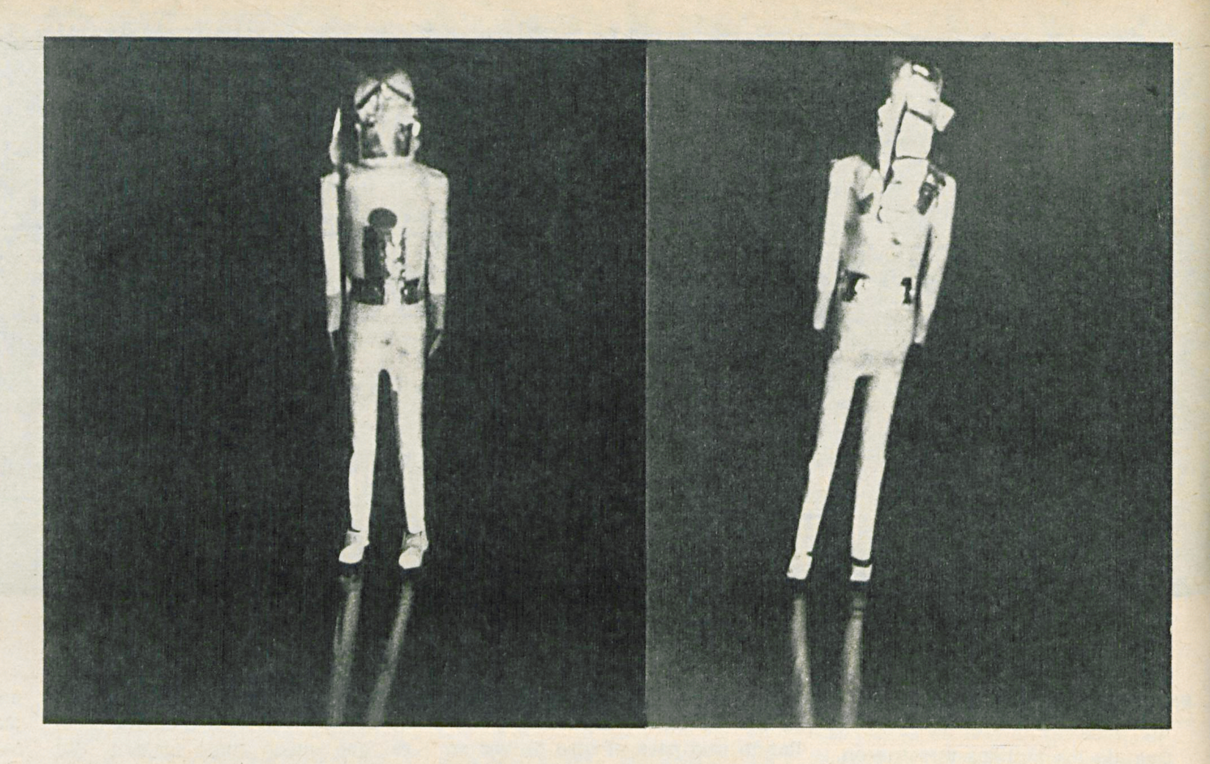
Volviendo a los hechos, la tal puerta comunicaba a una sala menor, medio cuadrada e iluminada como las otras. Después que entramos (yo, más dos de aquellos seres) la puerta se cerró detrás nuestro. Miré hacia atrás y vi algo que no sé explicar: ya no había ninguna puerta y sólo una pared igual a las otras. No sé cómo sucedía aquello. No pude comprender. Lo cierto es que inmediatamente después la pared se abrió y nuevamente había una puerta. Entraron dos seres más, trayendo en las manos dos tubos de goma roja muy gruesos, con más de un metro de largo cada uno. Si había algo dentro de ellos no puedo decir, pero sé que eran huecos.

Uno de esos tubos fue adaptado a un frasco de vidrio en forma de cáliz, en una de sus puntas. La otra punta tenía un gollete en forma de ventosa, que fue aplicado en la piel de mi mentón, aquí donde ustedes ven esta mancha oscura, que quedó como cicatriz. Sin embargo, antes de eso, el ser que ejecutó esa tarea exprimió el tubo con sus dos manos, como si estuviera sacando el aire. No sentí ningún dolor, sino la sensación de que mi piel estaba siendo succionada. Pero después ese lugar quedó irritado y más tarde verifiqué que mi piel había sido herida, raspada. Aplicada la ventosa vi mi sangre entrar poco a poco dentro del cáliz, llenándolo hasta la mitad. Ahí se detuvieron y el tubo fue substituído por el otro que estaba de reserva. Nuevamente me extrajeron sangre del mentón, aquí, de este otro lado, donde ustedes pueden ver esa mancha oscura igual a la primera. Esta vez el cáliz se llenó íntegramente y la ventosa fue retirada. La piel también fue raspada en ese lugar, ardiendo y dando escozor como en el otro lado. Después me dejaron solo. Aquellos seres salieron y la puerta se cerró detrás de ellos.

COMO ERAN LOS TRIPULANTES

Me pareció enorme el tiempo que me quedé solo, tal vez más de media hora. En la sala había solamente una especie de cama sin respaldo y un poco incómoda para echarse, por ser muy alta, en el centro, donde existía una verdadera cumbre. Pero era suave como si hubiera sido hecha de goma esponjosa. Me senté allí, pues estaba cansado después de tanta lucha y de tantas emociones. Fue entonces cuando sentí un olor extraño y comencé a aturdirme. Era como si estuviese respirando un humo espeso que impedía mi respiración. El olor parecía al de un paño pintado que estaba quemándose. Examinando las paredes, noté por primera vez la existencia de numerosos tubos metálicos pequeños, que sobresalían a la altura de mi cabeza, cerrados pero con pequeñas perforaciones (como las de una ducha), por las que salía un humo gris que se disolvía en el aire. Ese humo era la causa de aquel olor. No sé si ya estaba saliendo en el momento en que me extrajeron la sangre, pues no reparé. Tal vez con la puerta abriendo y cerrando el aire circulaba mejor, razón por la que yo no haya percibido. Pero ahora no me sentía bien y el mareo aumentó tanto que acabé vomitando. Corrí hacia un rincón del compartimiento y quedé aliviado, vomitando mucho. Después de eso, la dificultad de respirar se me pasó, pero continué un poco mareado con el olor de aquel humo y sin ánimo, esperando que algo sucediese.

Hasta ese momento, no tenía la menor idea sobre el aspecto físico y las facciones de aquellos extraños seres. Todos estaban vestidos con un traje de una sola pieza, bien ajustado al cuerpo, hecho de un paño (o cosa parecida) grueso, pero terso, de color gris, con rayas negras. Esa ropa llegaba hasta el cuello, donde se unía con una especie de casco hecho de un material del mismo color (no sé qué era); parecía más duro y estaba reforzado, atrás y adelante, por láminas de metal fino, una de ellas triangular a la altura de la nariz. Ese casco cubría todo, dejando ver apenas los ojos, a través de dos vidrios redondos, parecidos a los de los lentes comunes. A través de esos vidrios, sus ojos me parecían mucho más pequeños que los nuestros; pero eso puede ser por efecto de los vidrios. Sus ojos eran claros, me parecieron azules, pero no pue-



Podemos observar al lado dos aspectos — de frente y de espaldas — de uno de los extraños seres que componían la tripulación del "disco volador", tal como fue descrito por Antonio Villas Bôas, en su fantástico relato.

do afirmar eso. Encima de los ojos los cascos tenían una altura que debía corresponder al doble del tamaño de una frente normal. Si había algo más dentro del casco, además de sus cabezas, desde afuera no se distinguía. Más arriba, en el medio de la cabeza, salían tres tubos redondos y plateados, un poco más delgados que una manguera de jardín, no sé si eran de goma o metálicos. Esos tubos, uno al centro y los otros dos a los costados, eran lisos y se doblaban hacia abajo en dirección a la espalda, donde penetraban en la ropa, uno al medio, a la altura de la columna vertebral y los otros dos por debajo de cada hombro, a unos cuatro dedos debajo de las axilas, casi a un costado del cuerpo. No observé ningún volumen que indicase la presencia de alguna caja o aparato al que, por debajo de sus vestimentas, estarían conectados esos tubos.

Las mangas de sus trajes eran largas y ajustadas, acabando sobre los puños, en los que continuaban unos guantes gruesos del mismo color, con cinco dedos que seguramente dificultaban el movimiento de sus manos, pues noté que no conseguían doblar completamente los dedos hasta tocarse la palma de la mano. Esa dificultad, sin embargo, no les impedía agarrarme con firmeza o manipular con habilidad las gomas con las que me extraían sangre. La ropa debía ser una especie de uniforme, pues todos los tripulantes del aparato llevaban, a la altura del pecho, una especie de escudo rojo, del tamaño de una rodaja de piña, que de vez en cuando exponía reflejos luminosos: no era luz propia, sino reflejos semejantes a los de un vidrio rojo, de aquéllos que se encuentran en la parte trasera de los automóviles. De ese escudo rojo salía una cinta de tejido plateado (o metal laminado), que se unía a un cinturón ancho y ajustado, sin hebilla, cuyo color no me acuerdo.

No había ningún bolsillo visible en ninguno de sus trajes y tampoco vi botones. Los pantalones eran ajustados en la cintura, en los muslos y en las piernas, y no se distinguía ningún doblez u holgura en todo el traje. No había una nítida separación en el tobillo, entre el pantalón y los zapatos, que formaban un mismo conjunto. Las suelas de los zapatos, sin embargo, presentaban un detalle diferente: eran gruesas, con dos o tres dedos de ancho y bien arqueadas hacia arriba, pero sin afinar en la punta.

Sus movimientos eran rápidos y su manera de andar bien desenvuelta. Probablemente, por causa del traje que llevaban, andaban un tanto erguidos. Todos ellos — con el casco inclusive — eran más o menos de mi estatura, excepto uno: al que agarré primero, afuera, que no llegaba a la altura de mi quijada. (Nota: el testigo tiene 1 m. 64 cm. de altura). Todos parecían robustos, pero no lo bastante como para intimidarme a luchar uno por vez. Pero eso no venía al caso, en las circunstancias en las que me encontraba...

LA GRAN SORPRESA

Después de un prolongado intervalo, un ruido en la puerta me sobresaltó. Me volví en aquella dirección y tuve una enorme sorpresa. La puerta estaba abierta y una mujer entraba, acercándose a mí. Ella caminaba despacio, divirtiéndose tal vez con la sorpresa que debía estar escrita en mi rostro. Era linda, aunque de un tipo muy diferente de las mujeres que yo conocía. Sus cabellos eran de un rubio platinado, lisos, caían hasta la mitad del cuello, poco abundantes, y con las puntas acaracoladas hacia adentro. Se repartían en el medio de la cabeza. Tenía los ojos azules y grandes, más largos que redondos, por ser muy rasgados hacia afuera. La nariz era recta, pero no puntiaguda, ni grande. No observé vestigios de pintura ni de perfume. El contorno de su rostro era muy extraño, porque los pómulos eran bastante sobresalientes, ensanchándole el rostro (mucho más que el de las indias), pero más abajo afinaba mucho, terminando en un mentón puntiagudo, dándole una forma triangular. Los labios, muy delgados, casi no se veían. Las orejas (que después le vi) eran pequeñas y no parecían diferentes de las normales. Sus pómulos salientes daban la impresión de tener un hueso dislocado por debajo de la piel, pero, como después comprobé, eran suaves y carnosos al tacto. Su cuerpo era mucho más bonito que el de cualquier mujer que ya conocí: delgado, senos pequeños y separados, cintura fina y abdomen pequeño. Pies también pequeños, manos largas y delgadas. Más baja que yo, su cabeza golpeaba en mi hombro.

Yo estaba con la boca abierta. ¡Y no era para menos! La mujer que entraba estaba completamente desnuda y descalza, exactamente como yo también me encontraba.

EN EL PROXIMO NUMERO

El fin del emocionante relato de Antonio Villas Bôas y los detalles de las investigaciones y exámenes por los que pasó. Un indicio científico hace que los investigadores consideren su declaración una de las más verosímiles, habidas hasta ahora, sobre contactos con tripulantes de "platos voladores".


EL AMIGO DE LA ONZA
CREACION INMORTAL DE PERICLES Original del Equipo de "O Cruzeiro"
Bomberos... Es un General: ¡Atención... FIRMES!
GE